

Ilustración

IRMA ALICIA FILOSA

(Artista plástica argentina contemporánea, nació en la Provincia de Buenos Aires)



"Sombras"
Acrílico, 45 x 30 cm

Subyugada por el arte desde distintas facetas, Irma Filosa nos presenta una técnica exquisita, basada en la representación genuina y auténtica de lo que contempla. *"El arte es un mensaje de la belleza y de la estética del universo"*, reflexiona. Entonces... le pregunto por el sentimiento. Su contestación es cierta: *"... está en el color, en mis días sombríos predomina el gris, el tono apagado"*. La artista me recuerda aspectos del Renacimiento y también los lazos profundos, psicológicos, con su propia historia. No violenta con su obra el desgarramiento que conmociona al creador. No rompe la estructura ideal de la existencia. Es incapaz de avasallar el equilibrio –entiéndase lo inmóvil, inerte, detenido– en una acción que desagua en sus naturalezas muertas, paisajes, *madonnas*. En esas imágenes detiene al tiempo transformándolo en un horizonte perpetuo de suceso. *"Intento capturar las cosas que envejecen, le temo al tiempo"*. Por eso, le respondo *"le cuesta afrontar la poshistoria"*. Rememora haber acometido a su propia obra incendiándola en un arrebato que reemplaza a la observación juiciosa de la vida. Símil a Camille Claudel, a Antonio Abelleyra Cabral (pintor del grupo de La Boca ya desaparecido), a incontables artistas que no soportaron ser arrancados de la realidad cotidiana, mundana e indiferente,

sin sufrimiento. Sin embargo, en algunas pinturas evidencia esa fractura con la estabilidad y la simetría que la envuelve [véase *"Sombras"*].

¿Por qué hablamos del Renacimiento? Simplemente la característica de Irma Filosa se acerca a ese ánimo exultante de apreciar el universo que nos fue entregado y que los artistas honraron a través de perfeccionar la belleza de las figuras que emanaba del entorno y de lo místico. De la naturaleza.

FIRENZE

El horizonte que se observaba era poliédrico. Quebrado. Asemejaba al indeterminismo de la obra de Gaudí. Los pueblos aparecían intermitentes entre las hondonadas y vueltas del camino que ofrecían los repliegues de las colinas. De Roma a Florencia, Italia es una sucesión de furtivas elevaciones. Verdes, a pesar del invierno. Sólo los árboles que se desprenden de las hojas muestran el gris de las cortezas. Sus ramas desnudas son manos de naufragos horadando las alturas y la formación que ostentan en hilera acercan la impresión que ofrecen las arcadas ojivales de las iglesias. Cruces multiplicadas de infinitos interrogantes. No sólo de plegarias. Amén de desesperanza.

Los pueblos se ven discontinuos, al capricho de recodos y barrancos. Al filo de los abismos. Construidos para ser inabordables se ofrecen semiocultos y pequeños. Y el caminante, a lo lejos, se apodera de su perspectiva, como si tuviese en su palma un camafeo antiguo y frágil, pero inexpugnable. A distancias ínfimas estas aldeas se escudriñan unas a otras sin visualizarse. Se conocen a tientas porque son celosos custodios de sus dialectos y memorias. En ellas, el puñado de habitantes que viven en estas reliquias etruscas mantienen el fundamento de sus ancestros, lejos de la caducidad del olvido.

Estos pueblos que están separados simplemente por una colina, el giro del sendero o una pendiente, no dejan de trasladar al presente los orígenes con un tesón que es la vitalidad de su esencia. Pueblos que parecen a la distancia deshabitados y solos; al introducirse en sus callejuelas se comprueba que cada individuo es parte física y espiritual de un todo. Del acto de honrar cada



"El Pinar"
Acrílico, 40 x 35 cm

nuevo amanecer a la existencia. Compuestos de pasadizos estrechos y desalineados al azar de la necesidad, una ventana que se abre roza la pared opuesta y es un puente a la intimidad del vecino. En esos pueblos cuando de noche alguien sueña –se dice– lo hace por todos.

Florenia, cuyas torres y cúpulas dotadas de policromía la delatan a la distancia, conserva la ornamentación y la euforia del momento en que dio origen al *Quattrocento* en un acto que sería intemporal. Entré en Florenia como quien lo hace en una ciudad esculpida. Cada pórtico, cornisa o *vitraux* encierra detalles sorprendentes que obligan a volver imperceptible el paso y ahuecar la vista. Antiguos palacetes aún guardan el aroma de la ciudad-estado, de sórdidas intrigas nacidas de su poderío económico y político. En sus patios, jardines y detrás de los ventanales góticos parecen rondar las antiguas conspiraciones. La atmósfera de alianzas y desavenencias entre sus familias más prominentes todavía se sospechan en las penumbras.

Pero este tiempo pretérito de confabulación empalidece ante el legado artístico de eternidad. Florenia fue mucho más allá de la intención de resucitar "el milagro griego" que pergeñó al Renacimiento. Entrevió una nueva realidad humana, en todos sus aspectos, que tuvo como epicentro al hombre anónimo en un marco de investigación que abarcó lo social, las ciencias y las artes.

"IL QUATTROCENTO"

El arte es creación. Se expresa a través de símbolos que encadenan culturas hacia la explicación del hombre en la existencia. El arte se eleva por sobre la mediocridad del mundo. Apunta a la imaginación para asimilarlo y defender la libertad individual, lejos de las realidades cotidianas y políticas. Esta actitud *simbólica* se ejerce no sin tensiones ni tragedias, provocadas por la inserción de lo *ideal* dentro del realismo. En el artista la identidad como hombre y la proyección creativa lo conducen inevitablemente al dilema. ¿Vida o arte? Esta situación forja en el creador una antinomia, un desgarramiento.

En el origen del Renacimiento, durante "*il Quattrocento*" (siglo XV), se suscitó un antagonismo fundamental entre el arte *pagano* (clásico e immanente) y el *cristiano* (romántico y trascendente). Su epicentro fue Florenia. El arte *pagano*, dedicado a las formas puras en clara representación de este mundo viviente y circundante hería en su encuentro conceptual al *cristiano*, profético e infinito. El cristianismo con el pecado y la redención determinaría en gran parte el futuro del arte en "*il Cinquecento*" (siglo XVI), en su búsqueda de un universo celestial.

"*Il Quattrocento*" sufrió esta confrontación entre las dos corrientes y los artistas *della Toscana* sufrieron la partición entre espíritu y carne, entre lo immanente y lo trascendente. Las experiencias *ocultas* de Leonardo da Vinci; los desórdenes de vida de Benvenuto Cellini sumiso a sus representaciones oníricas de Dios y las *Venus* y *Vírgenes* de Sandro Botticelli transitaban por esta desgarradura de pertenecer a dos mundos simultáneamente. El del hombre y el del arte, el del cielo y el de la tierra. De este último diría Berenson, "*sus Venus abandonaron la tierra al tiempo que sus Vírgenes se alejaron del cielo*".

"*Il Quattrocento*" se constituyó en el alma del Renacimiento. Si bien desvirtuó volver a las fuentes griegas y romanas, la fusión entre lo clásico y el nuevo modelo del mundo llevaría al arte en el siglo siguiente a su perfección, aunque éste fuese menos terrenal, voluptuoso y viviente.

Irma Alicia Filosa transmite esa sensación que regresa por la sangre hasta sus ancestros: la pasión que resguarda la tierra italiana al interpretar el triunfo del orfebre sobre la existencia, en la resurrección del arte sobre la carne.

Jorge C. Trainini